

Golpe latido

Para Ignacio Betancourt

Tiene sus muletas en el cuello, y a un hombre frente a él sentado en el retrete adentro de un teatro burlesque que ha visitado por enésima vez.

No toma o no toma ahora por el medicamento. O porque tiene unas muletas presionándole el cuello. Tomaba. Golpeaba. Dibujaba planes para desorbitar la vida cotidiana de su esposa —sin saberlo—, su juguetito sumiso con pilas eternas y piernas de plástico.

Nadie lo sabe, pero mató a su primo con las pinzas que tenía en la mano mientras reparaba un motor en su taller mecánico. Idiota, eres un perfecto idiota, dijo repetidas veces mientras golpeaba su cráneo una y otra vez hasta que su cabeza fue ardiendo en rojo líquido y sonoro —rojo como su rojo, al fin, el mismo líquido corriendo por las venas de ambos—. Los latidos de su pariente sucumbieron y los de él fueron componiendo una melodía: golpe, latido, golpe, latido, hasta que la pulsación de ambos cesó. Su corazón tomó el ritmo normal, como el corazón de un mecánico ordinario que repara amorosamente un motor averiado. Su dulzura camina con él; deja a sus espaldas la cortina cerrada del taller. Su dulzura va ensombreciéndose con la noche. Por eso se fue a un bar y bebió. Y el alcohol fue trazando, tejiendo, cocinando, palabras para la esposa linda. Otra idiota. En casa no hay pinzas, pero sí cuchillos, tenedores, macetas, platos, vasos de cristal —cortadores resplandecientes—, sillas hermosas, piezas de cerámica perfectas para el festín del corazón pulsando al ritmo de la canción del idiota —no me pegues, no me pegues— mientras suena el golpe junto con el latido. Pero también hay balcones. Y los balcones no se llevan con el brandy; con el vodka. Las rejas endebles de los balcones logran caídas pertinentes para salvar las vidas de los idiotas, como la esposa. Muy adecuadas. Las caídas:

Su pierna doblada en tres antes persiguiendo a la mujer que le ofrece cenas frías, una mujer tonta, una pierna tonta y rota.

Malabares para asistir a la enyesada. Yeso blanco y puro contra las cortadas rojas y magistrales en la cabeza de la inútil que siempre lo espera en la noche. Un hospital para idiotas. A ella le cierran el boquete en el cráneo vacío de buenas ideas; al músico de las pinzas, la graciosa posibilidad de una orquestación de sonidos. Los golpes tuvieron que esperar. Y la melodía sigue en su cabeza.

Un antibiótico. Ella no levanta denuncia. Un desinflamatorio. Ella le acaricia el cabello. Un analgésico. Ella lo ayuda a entrar a la casa. Un tequila. Ella se

lo trae del refrigerador. Él quiere más, no es suficiente. Sale a la calle y toma un taxi. Ya es de madrugada.

Entra a una cantina que no había visitado antes. El hombre de la barra le ofrece una cerveza. El prefiere ron. La cerveza grandiosamente idiota le revierte el regocijo. Por qué no pidió cerveza en lugar de ron. Tiene unas ganas como nunca antes. Y tiene ganas como nunca antes de orinar. Tardará un poco en llegar al pequeño baño individual, tardará un poco, en lo que acomoda sus movimientos con las muletas y la bebida que no lo deja moverse, perra. Lo ayudan un par de chicas, conmovidas, sonrientes, tocándolo de los hombros y no donde deberían, que sería mucho mejor y más conveniente. El baño está ocupado. Le pide que se apresure al cabrón que está adentro, con muletas en mano. Golpea. Golpea. Sácame si puedes. Está sentado en el retrete con sus anchas nalgas sobre de él, muy cómodo. Está cagando. Su mirada es como la de él: arde, es roja, es penetrante. El músico de las pinzas quiere seguir con la canción. Su corazón entra a la melodía del golpe, latido, golpe, latido. Golpea con su muleta hasta hartarse para que se salga. Quiere a su esposa, la quiere ahí, abierta, para entrar. Quiere entrar al baño, orinar, largarse y seguir con lo que dejó pendiente en casa. Tirarse a la mujer y tirarla por el balcón, como hizo ella hacía unas horas. El hombre del retrete le arrebata las muletas de las manos. Una cae por el piso —la música de afuera es estridente—, la otra queda en las manos del usuario del baño. Es cagante. La tiene sobre su cuello, lo aprieta. Le grita palabras que no alcanza a entender porque la sangre se le sube a la cabeza y le zumban los oídos. Nada escucha ya. Siente los orines correr por entre sus pantalones. Siente que deja de sentir los orines calientes. Ahora están fríos. La música se escucha afuera, y las risas, las voces de las actrices. Él está solo. No siente ganas de mujer ni de cervezas ni de actuaciones al desnudo ni de golpes. No siente. Nada. No puede ver. No escucha ninguna canción; apenas, en la lejanía. No recuerda su composición de golpes y latidos. Mira con fijeza el muro de enfrente. La flor azul que traía en la solapa ahora está en el suelo. Los pétalos están regados en el olvido. La puerta del baño está cerrada, escuchó el portazo minutos antes, pero tampoco recuerda eso. Todo es borroso. Ya no recuerda su nombre. Lo encontrarán al día siguiente —tal vez Caronte— ya muriendo la tarde, al abrir el teatro. La canción endurece, termina.